

Paco Olvera. Abril de 1986. Granada.

Vivimos en una sociedad en crisis, en la cual se producen cambios vertiginosos. Los avances tecnológicos van relegando tradicionales formas de producción. Las relaciones y los valores sociales han sufrido profundas alteraciones. Hay quien opina, de las grandes crisis de la Humanidad, han surgido movimientos fuertemente transformadores. Lo que sí parece estar fuera de toda duda es, que una nueva sociedad se está gestando al filo del siglo XXI.

La escuela, mientras tanto, ha dormitado a lo largo de los siglos, como si para ella no contara el tiempo. Durante siglos ha ido repitiendo los mismos esquemas escolásticos. Es cierto que en la mayoría de las escuelas, ya no hay tarima. Sin embargo, el mismo olor a tiza y aire estancado campa por doquier.

Si una persona pudiera regresar a la vida después de cien años, vería que todo a su alrededor había cambiado profundamente. Todo no, bastaría con pisar una escuela y notar que esta sigue básicamente igual. Las mismas formas de “aprender”, los mismos verbalismos de las universidades renacentistas, los mismos contenidos con la cara lavada, y hasta casi la misma manera de reprimir.

Mientras, fuera de la escuela, la vida golpea las ventanas sin ser escuchada apenas. Los intereses de los niños se quedan casi siempre en la puerta de la clase. Dentro no hay lugar para lo que no esté programado.

El fracaso escolar será con frecuencia, la consecuencia casi lógica a tanta apatía y aburrimiento. El fracaso escolar, no es el fracaso de los alumnos. Es fácil achacarlo a la falta de interés, a la poca preparación, a la escasa colaboración de los padres, a limitaciones naturales, etc., etc. No nos queremos dar cuenta que es la escuela quien fracasa. Una escuela que no se adapta a los intereses de las personas.

No nos podemos engañar. La escuela cumple una función social importante. No podemos caer en la ingenuidad de creer, que la escuela va por libre. La escuela responde a unos intereses sociales concretos, es una pieza importante del sistema.

En una sociedad como la nuestra donde existen diversas clases sociales, sería igualmente ingenuo, creer que hay un solo tipo de escuela. Mientras exista una sociedad de clases, la escuela será inevitablemente una escuela de clases. ¿Cómo podemos creer entonces, que una sociedad dividida en clases, dé a todos los ciudadanos las mismas posibilidades de promoción social y desarrollo personal? Es de esta manera, como las clases privilegiadas, no ven, no quieren ver, o no pueden ver, la relación existente entre las desigualdades sociales y las desigualdades escolares. Tratan de explicar la cuestión, como una serie de “limitaciones” o “desigualdades naturales”. Pero esta respuesta puede ser refutada con un dato objetivo y cuantificado: el fracaso escolar, está directamente relacionado con el origen social del que procedemos.

Analizando esta cuestión, vemos que no puede ser de otra forma. Un niño nacido en una familia humilde, no podrá competir con otro cuyos padres tienen una situación social y cultural más altas. Ambos poseen una escuela donde ir, sin embargo la carrera está determinada desde el principio. Pero hay más, la cultura de las clases privilegiadas está más cerca de la escuela.

Dicho de otra manera, los códigos que usa para comunicar los conocimientos, son los que usan y conocen las clases dominantes. Vemos pues, que no hay nada dejado a la casualidad.

De esta forma, la escuela participa del complot social. Todo complot sólo puede triunfar si mientras se mantiene en secreto, mientras se trama en la sombra. Es así, como, la escuela logra disimular la función que cumple. Mientras las víctimas no descubren totalmente el complot, alumnos y profesores, son juguetes de un sistema que es exactamente lo contrario de lo que pretende ser, de lo que parece ser. De esta manera el silencio y el disimulo desempeñan un papel fundamental: mantener el misterio sobre las infraestructuras, no prestar atención más que a los resultados obtenidos, ocultar a las miradas de los interesados, la relación existente entre dificultades escolares y condiciones de vida. Así la escuela convence a las clases que excluye, de la legitimidad de su exclusión.

Para que esta legitimidad sea comprendida y aceptada, utilizará aspectos formales que eleven su "objetividad" a lo cotidiano. Esta es la función de los exámenes.

La escuela reproduce fielmente las desigualdades sociales. Aun así, la responsabilidad que le podemos imputar a la escuela, es mucho menor que a la sociedad que la controla. Vista la cuestión desde este punto de mira, comprenderemos que la escuela no es capaz de superar las divisiones de una sociedad dividida en clases.

Hasta aquí pudiera parecer, que no hay solución posible. Nada más lejos de la realidad. La escuela no es el feudo de la clase dominante, sino el terreno de combate entre ella y la clase explotada. Es el terreno donde se enfrentan las fuerzas de progreso y las fuerzas conservadoras. Todo lo que en ella sucede, es el reflejo de esta batalla dialéctica. De esta manera vemos como se confrontan a la vez varias batallas: la de la reproducción de las estructuras existentes, la de ser transmisora de la ideología dominante; pero también a la vez, la de amenaza al sistema establecido y por tanto a la posibilidad de liberación.

Para que este cambio sea posible, la lucha por la escuela, no puede ir separado de las luchas sociales en su conjunto. No será la pedagogía quien haga la revolución, pero tampoco habrá avance social sin un cambio en la escuela.

Debe existir pues un frente pedagógico. ¿Quién sino los enseñantes para ocuparnos de él? Sin embargo existe el riesgo de que esta lucha se quiera plantear en solitario, al margen del resto de las luchas sociales y políticas.

Cada batalla en la escuela, por pequeña que parezca, es importante para mejorar nuestra situación en la lucha social. Luchar por contar con maestros mejor formados, por un número menor de alumnos, por la desmitificación de los contenidos transmitidos, todo esto significa agrandar las contradicciones en los objetivos de las clases dominantes. Hemos de tener claro otra cosa, si en el intento de transformación queremos cambiar todo a la vez y por tanto rechazamos avances parciales, es posible que estemos haciendo el juego al inmovilismo.

Muchas veces se nos tacha de hacer política, cuando pretendemos cambiar las cosas, ¡Qué ingenuidad premeditada! No nos podemos engañar. Esta escuela; no es la de todos, es solo una escuela, que reproduce los esquemas de la clase dominante. Quieren una escuela aséptica, neutral. ¡Como la sociedad lo fuera, como si cada uno de nosotros no tomara opción por algo! ¿Existe alguien realmente neutral? ¿Alguien que no opine nada y no tome posición por nada? No nos engañamos. Los que con frecuencia recurren a este alegato, esconden bajo su complicidad o su miedo la otra política de siempre. No hacer política, es hacer la política de siempre, la de la inercia, la que quiere perpetuarse en los intereses de unos pocos.

Cambiar las cosas siempre cuesta más que perpetuarse en ellas. No es extraño por tanto, que los que podían ser nuestros aliados naturales en esta batalla, no tengan claro su papel. De esta forma no solo encontraremos resistencias en la Administración, sino también en los compañeros y en

muchos padres. Ya vimos que el complot funciona, en la medida que es secreto y consigue engañar a los que lo han de padecer.

6 Recuerdo hace años una anécdota, curiosa y triste a la vez. Resulta que en clase habíamos conseguido un sistema de trabajo en favor de la investigación. Mi clase era objeto de las miradas más diversas. La mayoría eran bisturíes precisos, que no descansaban. Cada año quedaba alguna plaza libre en clase, bien por traslado o por oposición de algún padre al sistema que llevaba. Ofrecíamos voluntariamente dicha plaza, a otros niños o niñas que quisieran venir.

Después de conocer los deseos del aspirante, hablaba con los padres para obtener su opinión.

El diálogo fue más o menos así:

- Madre: Mire usted, mi hijo me ha dicho que quiere estar con usted. Pero a mí me han dicho en la tienda, que usted lleva la clase de una forma muy rara y..., no sé, no sé, me da miedo que el niño se pueda estropear.

- Yo le pregunté: ¿Qué tal le fue el curso pasado? - Madre: Pues mal, faltaba mucho a clase y le quedaron cuatro asignaturas para Septiembre.

- Yo le dije: No tenga miedo, no creo que se le pueda estropear más.

Como decía, esta anécdota muestra la desconfianza inicial de los padres en las innovaciones.

Muchas veces son ellos mismos, los que nos piden mano dura contra sus hijos, perpetuando así el autoritarismo. Esto supone una dificultad inicial, pero es superable. Mi experiencia me dice, que si les explicamos con claridad lo que hacemos, si nos observan responsables y dedicados a nuestro trabajo, si los incorporamos a las tareas y fiestas de la clase, los habremos ganado en poco tiempo. De ser testigos desconfiados, se convertirán en los aliados más necesarios.

Profundizar en cuantos factores inciden en la enseñanza, superaría en mucho el objetivo de esta introducción. Era sin embargo inevitable, situar la escuela en ese ámbito de las ideas y de la dialéctica social. De poco serviría diseñar cuestiones pedagógicas ajenas al sistema social que las puede recibir.

Es intención del autor de este libro, optar por un determinado modelo de escuela y de sociedad. Lo que el lector encontrará en estas páginas serán, reflexiones, experiencias y técnicas llevadas a cabo por un enseñante. Todo lo que se refleja en el libro, ha sido experimentado previamente en la escuela. No quiere esto decir, que sea un libro experimentalista. Las teorías o alternativas que se presentan se han fundamentado previamente en lecturas, trabajo cooperativo con otros enseñantes y por supuesto en la investigación didáctica en el marco de la escuela. Es importante que los maestros realicemos nuestro trabajo, en la conjunción de teoría y práctica. Es también importante, que nos sintamos útiles y capaces en la faceta de investigar "en" la escuela y "sobre" la escuela.

El espíritu de este libro marcha parejo a la idea de la investigación en el aula. La investigación no debe ser sólo una forma de trabajo escolar, sino más bien una actitud ante la vida. Si conseguimos que esta idea cale en las tareas escolares, estaremos en el camino de conseguir ciudadanos activos ante su medio, campo de batalla inevitable de la dialéctica social. Es así como la investigación se convierte en creadora de actitudes y hábitos. El análisis de la realidad que nos rodea, provoca a su vez un alto grado de autonomía en el aprendizaje. Por último, la transformación positiva del medio será consecuencia inexcusable de un trabajo investigador.

Digamos para terminar, que lo que pretende aportar la investigación en el aula, es la transformación paulatina de la escuela a través de todos los miembros de la comunidad educativa, ayudando así a las transformaciones sociales.